

Reflexiones para la Geografía Atacameña, desde el Aporte del Conocimiento Local

Daniela Muñoz Párraga

Universidad Católica del Norte
daniela.munoz.parraga@gmail.com

Continuando con los aportes que han planteado los panelistas que me precedieron, me gustaría aportar con reflexiones que surgen desde mi trabajo en la Likana¹, asumiendo mi herencia atacameña entregada por mis abuelos y abuelas, de padre y madre, que han habitado el Oasis de San Pedro de Atacama, quienes en distintos momentos de los años 1960 fueron parte del movimiento migratorio campo-ciudad, desplazándose hacia Calama (ciudad minera) en búsqueda de mejores condiciones de vida. El oasis se emplaza en el límite norte del Salar de Atacama, ecosistema único y complejo dentro del desierto de Atacama, siendo parte del territorio Atacameño/Lickanantay. Aquí el pueblo Atacameño ha habitado milenariamente en base a la agricultura y el pastoreo, también ha resistido invasiones², así como también ha sido resiliente a la imposición de prácticas opresoras, como la violenta represión que vivió nuestra lengua, el "Ckunza", tanto en la colonización española como en el proceso de "chilenización"³. De esta manera, la persistencia del pueblo atacameño ha estado entrecruzada por distintos contextos socio-políticos que, a lo largo del tiempo, han forjado nuestra identidad y nuestra cultura.

Para comenzar esta reflexión acerca de las geografías indígenas, me gustaría plantear la importancia de la comprensión geográfica y por ende territorial que indiscutiblemente manejaban y manejan los abuelos y abuelas de la Lickana para habitar estas tierras. Este conocimiento también habría sido traspasado de generación en generación, y en la actualidad ha sido heredado a nosotros, sus nietos, nietas, bisnietos y bisnietas, pese a los

¹ Pueblo Nación Atacameña Lickanantay.

² Invasiones Tiahuanaco, Inca, Española y Chilena.

³ Nota de los editores: la chilenización es el tratamiento de las diferencias culturales e identitarias mediante políticas asimilacionistas y la imposición de una identidad nacional homogénea por parte del Estado chileno.

estragos que la chilenización y sus sistemas económicos y políticos han causado en los últimos dos siglos, coartando el conocimiento local transmitido por nuestras abuelas y abuelos. Este contexto es fundamental como cimiento para exponer mi aporte a la discusión sobre la geografía indígena. Dicha geografía no se levanta desde el purismo⁴, sino desde una perpetua resistencia del conocimiento de nuestros antepasados que también se nutre de actualidad, pero que de igual manera sopesa el ambivalente rol del Estado chileno. De esta manera, para hablar de geografías indígenas, en mi caso desde una perspectiva atacameña, la puesta en valor del conocimiento de abuelos y abuelas genera una base honesta para colaborar de manera pertinente, ante las distintas complejidades y conflictos a los que hoy se enfrenta el pueblo atacameño, y en los cuales se puede contribuir desde la geografía.

Considero que la información transmitida en instancias familiares de tradición como el 1 de agosto (día de la madre tierra), la limpia de canales, la siembra de maíz, el carnaval, por nombrar algunas, se revitaliza a través de relatos que ejercitan la memoria comunitaria del pueblo atacameño. Ello permite comprender el territorio desde la vivencia del habitar, desde la significación de la naturaleza de la que se es parte, y desde la territorialidad fuera de límites hegemónicos impuestos por la Colonia o la chilenización. A través de esto, existe una base de comprensión de la Lickana desde la integralidad del territorio atacameño transfronterizo, y desde sus distintos espacios geográficos que nos proveen y dan cuenta de diversas dinámicas y relaciones que se dan en su interior. Actividades como el manejo de los cauces de agua, de ríos y vegas, han permitido el desarrollo de la ganadería y la agricultura, y al mismo tiempo han generado configuraciones territoriales como los *ayllus*⁵, espacios determinados y producidos por la gestión comunitaria del río San Pedro y Vilama, que en su conjunto conforman el Oasis de San Pedro de Atacama.

De esta manera, hemos habitado el desierto de Atacama y esta es la geografía indígena inicial que me orienta, la geografía que me transmitió mi bisabuela, que me relata mi tío abuelo, mi tata y mis abuelas, entregándome lineamientos claros de cómo contribuir de manera esperada, respetuosa, pertinente y recíproca a la Lickana, esto considerando mi condición de indígena urbana con el privilegio de haber accedido a una educación universitaria, y que actualmente retorna al origen de su ascendencia, es decir a la Lickana. Evidentemente, el Oasis de San Pedro de Atacama hoy no es el mismo que conocieron nuestros abuelos y abuelas. Pues, se ha ido transformando y adaptando a lo largo del tiempo a las distintas realidades. Pienso en particular en las políticas económicas del Estado chileno, garante del crecimiento de actividades extractivistas que presionan y se instalan en tierras que aún son de tenencia fiscal (perteneciendo al Estado), pero que legítimamente son parte de nuestro territorio y han sido ocupadas ancestralmente con distintos fines. Se evidencia así el reduccionismo de tierras por parte del Estado chileno, manteniendo aún sus deudas con las naciones preexistentes. Es importante considerar que gran parte de las tierras fiscales están en el centro de demandas territoriales de distintas comunidades y por ello se encuentran inmersas en los cauces burocráticos implementados desde el Ministerio de

⁴ Para este análisis entenderemos el purismo como algo único y unilateral. Contrario a una postura intercultural, integradora y diversa.

⁵ El *ayllu* es una configuración territorial propiamente andina que operaba principalmente en San Pedro de Atacama a través de familias (Sepúlveda Rivera et al., 2015).

Bienes Nacionales. Cabe recalcar que estas demandas generan un escenario conflictuado y complejizado en ámbitos políticos, económicos, ambientales y sociales, principalmente por las disputas en torno al uso de las tierras y la disposición de los elementos de la naturaleza para el abastecimiento de actividades extractivistas, tal como la minería.

Volviendo a la necesidad de la puesta en valor del conocimiento local de abuelos y abuelas sobre el territorio, este ejercicio se entrecruza con el contexto actual de conflictos socioambientales localizados en el mismo territorio, y es así como la contribución de la geografía indígena se hace necesaria tanto desde lo técnico como lo reflexivo, siempre con pertinencia y en sintonía con lo transmitido por los abuelos y abuelas. La geografía indígena genera aportes diversos al pueblo atacameño, en torno, por ejemplo, a temas hídricos, de tierras, de cultura, patrimonio, ordenamiento territorial, planificación turística, consultas indígenas, etc. Además de ser transversales entre sí, estos temas conjugan aspectos técnicos, culturales y políticos que se manifiestan en encuentros o asambleas comunitarias indígenas, siendo siempre relevantes las temáticas de resguardo y protección de la naturaleza.

Sin embargo, la ya mencionada ambivalencia del Estado da paso al asistencialismo de las empresas privadas que depredan nuestra naturaleza y que, a través de convenios de compensación ambiental o procesos judiciales, buscan remediar situaciones de vulnerabilidad social o ambiental que ellas mismas ocasionaron. Este es por ejemplo el caso de SQM, Albemarle, Antofagasta Minerals, Codelco, en contextos abordados por investigaciones a cargo de Morales y Azócar (2015) y Bolados Garcia y Babidge (2017), entre otras. Así, frente a un Estado que no reconoce a los pueblos indígenas, es fundamental que estos dispongan de la información geográfica y territorial para tomar decisiones y defender sus territorios. El trabajo de Mansilla Quiñones et al. (2019) sobre la "geografía de las ausencias" profundiza y desarrolla estos planteamientos de manera muy certera, dejando de manifiesto la importancia de deconstruir la geografía en base a los conocimiento del "sur del mundo".

He constatado esta situación en mis actividades apoyando a algunas comunidades de Atacama La Grande en temas de demandas territoriales, planes de desarrollo local y gestión territorial para el turismo comunitario indígena. A partir de esta experiencia se fue desarrollando mi interés por la importancia de lo cultural en la comprensión del territorio, y ello me llevó a ingresar en 2016 al Máster de Antropología, en el posgrado dictado por la Universidad de Tarapacá y la Universidad Católica del Norte. Como geógrafa, necesitaba profundizar en lo que respecta a las herramientas etnográficas, dado que, antes de retornar a la Lickana, tuve la posibilidad de realizar mi práctica profesional en el marco del Proyecto Geoparque Kutralcura⁶, financiado por la Corporación de Fomento (CORFO) y ejecutado por el Servicio Nacional de Geología y Minería (SERNAGEOMIN). El proyecto se asentaba en el territorio Pehuenche⁷ de la Región de La Araucanía y consistía en la puesta en valor del patrimonio geológico con vocación turística, instalando herramientas en las comunidades que les permitieran empoderarse de este conocimiento científico para incorporarlo en su oferta de turismo de intereses especiales.

⁶ <http://www.geoparquekutralcura.cl/>

⁷ Los pehuenche, o "gente del pehuén (*araucaria araucana*)", corresponden a las comunidades mapuche establecidas en la cordillera andina.

Mi aporte consistió en realizar un levantamiento de datos etnográficos en torno a la significación cultural del pueblo pehuenche respecto de los distintos eventos geológicos significativos de la comuna de Melipeuco. Tuve entonces la oportunidad de trabajar con comunidades pehuenche que habitaban el área en cuestión, permitiéndome aprender del territorio desde sus habitantes, al intentar comprender sus usos y relaciones con sitios de valor geológico. En este contexto, el desarrollo de mapeos participativos no solo permitió situar los eventos en el espacio, sino comprenderlos también en relación a las dinámicas y formas de movilidad que les eran asociadas, como por ejemplo las rutas de trashumancias o de recolección de hierbas medicinales. Así, fui evidenciando la necesidad de adentrarme en la antropología, buscando complementar mi desarrollo como geógrafa atacameña, enfocándome en contribuir al conocimiento del pueblo atacameño del cual soy parte. Supongo que otros colegas indígenas se han enfrentado a esta situación también, en la que estudiamos y somos objeto de estudio al mismo tiempo. Creo que ésta es una gran responsabilidad que tenemos en nuestras manos, considerando –en mi caso– que el pueblo atacameño ha sido sobre-estudiado desde diversas disciplinas como la arqueología, la historia y la antropología.

Desde la perspectiva geográfica, se ha levantado información clave desde las investigaciones de Raúl Molina (2011, 2017), tanto sobre las relaciones del arrieraje en la puna de los Andes como de las implicancias de los conflictos ambientales hídricos en tierras indígenas. No obstante, sigue existiendo una deuda y un desafío pendiente en cuanto al vínculo entre lo cultural y lo geográfico, para levantar conocimiento desde adentro, principalmente a través de metodologías de acción participativa que vayan articulando conocimientos pasados y actuales, poniéndolos a disposición del pueblo y actores locales. En las metodologías de acción participativa, los actores sociales que son objetos de estudio se convierten en investigadores activos a través de la generación de instancias de reflexión y discusión horizontal. Ante este reto, he intentado entonces bosquejar dos enfoques, que integran, por un lado, el bagaje académico que me ha permitido desarrollarme y comprender la relevancia del conocimiento territorial y local, y por otro lado, mi experiencia como atacameña asociada a las formas de habitar en el territorio que heredé de mis familias paternas y maternas. Quiero ser enfática en que esta construcción está lejos de ser esencialista; ha fluido en torno a movilidades de mis dos ramas familiares, las cuales han ido buscando mejores oportunidades de vida, migrando y volviendo al territorio de la Lickana sucesivamente. Ello ha incidido en que algunas personas hayan estado más apegadas que otras a determinadas prácticas culturales, tanto como a las dirigencias comunitarias, lo cual ha ido matizando el ser atacameño para mí y para mi familia.

Me parece muy importante insistir también en la apertura a la diversificación de conocimiento metodológico y teórico que a nivel de pregrado universitario, ha experimentado la geografía en América Latina últimamente. Quiero destacar algunas experiencias que tuve durante mis estudios en la Universidad Católica de Valparaíso, particularmente en el marco de los Encuentros Latinoamericanos de estudiantes de geografía que se hicieron en Bolivia (2003), Perú (2006) y Ecuador (2010), donde se incubaban algunas propuestas descolonizadoras de conocimiento y saberes geográficos. Por ejemplo, los trabajos de cartografías sociales de Andrea Barragán León (2017), quien, para esos tiempos, exponía sus primeros aportes en la valorización de las cartografías sociales como instrumentos cualitativos para la identificación de elementos culturales de

comunidades indígenas de Colombia. Fue en estos encuentros donde pudimos retroalimentarnos con un empoderamiento de conocimiento local, refrescar y valorar nuestra propia experiencia como habitantes de Sudamérica, nutrirnos a través de análisis crítico, apartándonos de una disciplina transmitida desde escuelas europeas.

Nuestra formación universitaria de pregrado se desarrollaba desde las secuelas de la militarización que vivió la geografía en América Latina, enfatizando la perspectiva estatal de ordenamiento territorial. En los encuentros de estudiantes, en cambio, se incubaban reflexiones que fueron de suma importancia para descolonizar la geografía y avanzar hacia perspectivas críticas para analizar el territorio y los conductos hegemónicos establecidos. Sigo considerando hoy que éstas son instancias válidas de conocimiento, donde se puede compartir y levantar contribuciones de cómo entendemos la geografía a partir de nuestros orígenes.

Por último, quisiera desarrollar algunas reflexiones con relación a algunos aspectos metodológicos de lo que podría ser una geografía desde los territorios de los pueblos indígenas o "Geografías Indígenas". Me interesa en particular la elaboración de cartografías sociales, que defiendo con mucha convicción puesto que son herramientas al servicio de la comunidad para reconocer y resguardar el territorio. La cartografía social puede ser una herramienta crítica que dispute las narraciones y representaciones del espacio geográfico impuestas hegemónicamente, facilitando así instancias de producción de conocimiento y resignificación del espacio geográfico de manera colectiva y reflexiva (Risler y Ares, 2013). Lo interesante de la cartografía social no es su finalidad, es decir los mapas concretamente producidos; es el marco colectivo y participativo en el cual se producen estos mapas, a través del análisis crítico de las normas espaciales y territoriales impuestas. Pues, se devela en este ejercicio el conocimiento local asociado a los habitantes y a significaciones y comprensiones espaciales invisibilizadas. Constituye por lo tanto un mecanismo pertinente para evidenciar los conocimientos locales e indígenas, y contribuir desde luego al desarrollo de las geografías indígenas.

Los proyectos de cartografías sociales permiten ejercitar esta reflexión de situarnos, ver desde nuestra propia comprensión, y no desde una visión impuesta, en qué lugar estamos, cómo entendemos nuestro territorio desde nuestro conocimiento y cotidianidad, e ir revelando conocimientos que difícilmente pueden plasmarse en un mapa. La cartografía social debe entenderse como un proceso que se va hilando mediante la reflexión, el debate, el análisis colectivo y la iconografía que deriva de los relatos de un determinado grupo de personas. Los procesos de demandas territoriales y de restitución de tierras son ejemplos concretos de instancias en las cuales la cartografía social puede convertirse en un instrumento de interpretación espacial que, fundamentado en las memorias, culturas, y prácticas ancestrales de los pueblos indígenas, puede fortalecer sus geografías al develar dinámicas de ocupación que no se vinculan con límites administrativos impuestos, sino con la integridad de ecosistemas. Los cursos de agua, las cuencas o los sitios ceremoniales, son dimensiones que se despliegan como una suerte de contrainformación a aquellos datos presentados en los mapas oficiales.

No obstante, estos procesos pueden también generar cierta resistencia al interior de las comunidades indígenas, particularmente cuando son realizados por servicios del Estado o consultoras contratadas por alguna institución pública. El caso de la Empresa Datura Limitada es un buen ejemplo de aquello. Como lo mencionaba Manuel Prieto en su

intervención, dicha empresa buscó obtener información con el fin de determinar los patrones de ocupación de las comunidades indígenas de la Provincia de El Loa y delimitar sus territorios en 1988. La empresa había sido mandatada por la Corporación Nacional de Desarrollo Indígena (CONADI) y el Ministerio de Bienes Nacionales, instituciones públicas cuyo objetivo consistía en caracterizar las demandas de tierras de las comunidades atacameñas en la Provincia de El Loa. El hecho que la información levantada entonces continúe reservada todavía en la actualidad ha ido generando tensiones entre las comunidades, y el actuar del Estado en tanto mediador de acceso a dicha información solo agudiza la desconfianza de los atacameños para con procesos de trabajo que involucren actores externos al ámbito comunitario. Cabe recalcar, finalmente, que esta situación se potencia aún más como resultado de la vulneración que ha existido históricamente a raíz de las excavaciones arqueológicas que se han realizado en el territorio (Ayala, 2007).

En síntesis, generar conocimiento desde las bases de nuestros abuelos y abuelas, con terminologías entendibles por todos, con la capacidad de explicar conflictos socio-ambientales y aportar con información o apreciaciones ante las demandas de las comunidades, es un desafío pendiente; y sigue siendo una deuda histórica el poder aterrizar la academia en esos términos.

Referencias citadas

- Ayala, Patricia. 2007. "Relaciones entre atacameños, arqueólogos y Estado en Atacama (norte de Chile)," *Estudios atacameños: Arqueología y Antropología Surandinas*, 33: 133-157.
- Barragán, Andrea. 2018. "Cartografía social: lenguaje creativo para la investigación cualitativa," *Sociedad y Economía*, 36: 139-159.
- Bolados Garcia, Paola y Sally Babidge. 2017. "Ritualidad y extractivismo. La limpia de canales y las disputas por el agua en el Salar de Atacama-norte de Chile," *Estudios Atacameños: Arqueología y Antropología Surandinas*, 54: 201-216.
- Mansilla Quiñones, Pablo, José Quintero Weir, y Andrés Moreira-Muñoz. 2019. "Geografía de las ausencias, colonialidad del estar y el territorio como sustantivo crítico en las epistemologías del Sur". *Utopía y Praxis Latinoamericana* 24(86):148-161.
- Molina, Raúl. 2011. "Los otros arrieros de los valles, la puna y el desierto de Atacama," *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 43(2): 177-187.
- Molina, Raúl. 2017. "Huella y peligro en los viajes collas y atacameños," *Imago Crítica*, 3: 85-101.
- Morales, Hector, y Rodrigo Azócar. 2015. "Minería y relaciones interétnicas en Atacama". *Estudios Atacameños: Arqueología y Antropología Surandinas*, 52: 113-127.
- Risler, Julia, y Pablo Ares. 2013. *Manual de mapeo colectivo. Recursos cartográficos críticos para procesos territoriales de creación colaborativa*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Sepúlveda Rivera, Isabel, Raúl Molina Otarola, María del Mar Delgado-Serrano, y José Emilio Guerrero Ginel. 2015. "Aguas, riego y cultivos: cambios y permanencias en los ayllus de San Pedro de Atacama". *Estudios Atacameños: Arqueología y Antropología Surandinas*, 51:185- 206.